ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE EL DESARROLLO ACTUAL DE LA ARQUITECTURA IBEROAMERICANA

POR

CARLOS RAUL VILLANUEVA

El tema que me he propuesto desarrollar aquí abarca en realidad regiones y situaciones culturales profundamentales diferentes. No sería justo de mi parte exponer las consideraciones que sobre nuestros países haré sin haber hecho previamente un acto formal de reconocimiento de la gigantesca y perdurable acción creadora de España en nuestro continente, cuyas raigambres espirituales no han logrado ser arrancadas por las diferentes influencias que brevemente consideraré luego. Iberoamérica, a pesar de sus comunes raíces, se destaca por la diversidad de caracteres y por la diferencia de intensidad de rasgos semejantes.

Resulta evidente, aun para la persona menos enterada, el fenómeno interesantísimo de la presencia del mundo continental iberoamericano. Nuestro inmenso continente ratifica en términos culturales lo que ya está claro en términos geográficos: la superposición del proceso de independencia al proceso de colonización española y portuguesa no hace sino reiterar el carácter unitario de la vida de ese inmenso continente nuestro.

En efecto, la colonización fue obviamente un factor importantísimo de unificación en el plano de la lengua, de las costumbres, de los modos constructivos, religiosos, etc. Pero a eso es necesario agregar la unificación que aportó por otras vías el proceso de independencia nacional de cada uno de los países iberoamericanos.

Las ideas de dimensión continental de los grandes líderes, como Bolívar, San Martín, Artigas, Sucre, Martí, etc., unidas a las campañas militares, contribuyeron de manera sustancial a remachar unos lazos que todavía permanecen vivísimos en las mentalidades, en las actitudes, en las respuestas vivenciales de los iberoamericanos.

Sin embargo, cuando nos acercamos a observar, analizar más en detalle las circunstancias de desarrollo histórico de cada región y de cada país, hallamos acompañando a esos mismos factores de unificación, que son indudablemente más compactos y coherentes, otros factores enteramente opuestos en caracteres y signos a cuya presencia

debemos atribuir las diferenciaciones que han ido marcándose en cada lugar y en cada nación.

Reunidos bajo este renglón hallamos las notables diferencias de climas y de topografía que configuran de manera tan abigarrada a las ciudades iberoamericanas. La permanencia de los rasgos culturales indígenos (Mayas, Aztecas, Chibchas, Caribes, etc.) en algunos países, sobre todo los de la cordillera Andina y los de Centroamérica, también se ha constituído en factor de diferenciación de los otros países, en los cuales la colonización, el comercio de esclavos o poderosas corrientes inmigratorias de españoles, portugueses, italianos, alemanes, chinos y japoneses, han hecho aflorar rasgos culturales y aportes independientes con fuerte sabor local. Finalmente, habría que agregar a los factores ya señalados la increíble falta de comunicación, de intercambio cultural, de información que desde hace muchas décadas han sido consecuencia de un escaso o nulo comercio intercontinental y de otros factores políticos absolutamente artificiales.

El que se ocupa de cuestiones iberoamericanas, con algún grado de especialización, sabe por experiencia propia el nivel realmente asombroso de ignorancia de las vivencias recíprocas en que se encuentran los pueblos iberoamericanos. Ella contrasta dramáticamente con la abundante información de que generalmente se dispone de origen norteamericano y de diversas fuentes europeas.

No quisiera haber comenzado este trabajo dejando la impresión confusa en un doble proceso inverso, contrario de vivificación y de separación. Deseo aclarar que lo que ocurre corresponde efectivamente a un proceso contradictorio que deriva de la propia naturaleza dialéctica de la realidad.

Existen en la cultura iberoamericana elementos de unidad y de diferenciación cuyos valores e importancia varían de acuerdo con la evolución del proceso histórico. A primera vista aparecen los rasgos y los elementos que tienden a unificar y a dar, como en esencia, las características unitarias de un acontecer que, mejor analizado, revela en cambio una riqueza extraordinaria de reflejos y de matices locales.

No dudamos de la relación de causa a efecto que se produce entre sustancia cultural y estructura productiva y arquitectura. El diseño, las formas, las concepciones espaciales, la actitud moral del arquitecto, reflejan, aunque no de una manera mecánica ni inmediata, una situación, un mundo perfectamente identificable en la historia y en la geografía. Y estos coordinados se hallan visibles, aun cuando la realidad social y la realidad arquitectónica mantienen un comercio de ideas y de sentimientos en diferentes planos, en diferentes ritmos, que agregan, a no dudarlo, mayor complejidad al análisis.

Del nacionalismo social, de la permanencia de los valores prehispánicos, de la influencia ideológica y política de la historia absolutamente peculiar del pueblo mejicano, brotan las características del regionalismo mejicano que tantas obras arquitectónicas nos ha dejado para convertirlas en temas de discusión y de polémica.

Podemos manifestarnos en total desacuerdo con una arquitectura intencionalmente nacional por los graves riesgos que ella comporta en el manejo práctico de sus elementos, pero no cabe duda de que la arquitectura mejicana ha contribuído enormemente al desarrollo de los conceptos fundamentales en la arquitectura iberoamericana.

Creo oportuna esta ocasión para recordar los ensayos en Méjico de la integración de las Artes de la gran escuela de los muralistas, principalmente en la Ciudad Universitaria de Méjico, que puede ser considerado como uno de los movimientos artísticos y uno de los ensayos de síntesis más interesantes que se hayan dado, no solamente en América, sino en todo el mundo.

De la tradición barroca, de la urgencia con que se plantea el proceso constructivo de la influencia directa de Le Corbusier, surge la arquitectura generosa, tajante en sus decisiones del Brasil. Esa suerte de inflación formal que nos presentan las crónicas de la arquitectura contemporánea brasileña, con su brillo y audacia descomunal, no hubiera podido darse sino en el clima (y no me refiero tan sólo al cultural) de ese país gigantesco.

Quisiera recordar la actuación brillante y la influencia poderosa entre los arquitectos brasileños, del maestro Lucio Costa, el talento inconmesurable de Niemayer, el gusto y el equilibrio de las obras del muy recordado Alfonso Raidy, y me gustaría insistir principalmente en las espléndidas realizaciones paisajistas de Roberto Burle Marx. Sus jardines y sus parques constituyen con elementos verdes, con árboles y flores, agua y piedra, con sus azulejos tan peculiares, una nueva ordenación espacial, un ensayo de espacio compuesto, ordenado, con una intención de secuencia, visual o de conformación psicológica.

De las crisis económicas, del carácter urbano, de la profunda influencia europea y de la tradición, extremadamente culta de su arquitectura, derivan los rasgos y la idiosincracia de la producción argentina. A los planteamientos de actualidad pero teóricos, a una situacón de escasa posibilidad de realización práctica, corresponde una intención muy repetida de crear estructuras audaces, de buscar una nueva escala polémica que combine las ambiciones y la tensión creadora de los arquitectos argentinos.

Con una modalidad de derivación típicamente europea, los argen-

tinos reflejan su cultura y su peculiar concepción de los grandes temas como una versión local de problemas universales.

De un desarrollo industrial reducido pero notablemente más avanzado que en otros países, del clima de las altas mesetas, y de la presencia de una élite cultural extremadamente refinada, se origina en Colombia, particularmente en Bogotá, una arquitectura sumamente correcta, meditada, de gusto definido, acompañada por una práctica sólida de la construcción. El alto nivel de esa arquitectura corresponde también y de manera diferenciada, a las características locales que componen el mosaico de las culturas iberoamericanas. Y en eso volvemos a encontrar aspectos y significado que no deben ser soslayados, y donde aparece el gusto del detalle cuidado y eficiente, el dominio de la técnica del hormigón y del ladrillo, su desarrollo eficiente desde el punto de vista económico y constructivo y una visión meditada, culta, seria de la forma. Pueden dar lugar (y probablemente ya lo están dando) a una arquitectura sin grandes vuelos líricos, más bien modesta en sus formas, pero de un alto significado del punto de vista de sus resultados urbanos.

Las condiciones que dan origen a la arquitectura venezolana actual son sumamente complejas y no pueden ser resumidas sin correr el riesgo de deformar profundamente la imagen de conjunto que desearíamos construir de la actividad de mi país. Sin embargo, nos parece indispensable, aun cuando se corra ese riesgo, tratar de precisar por lo menos algunos de los factores más evidentes que han dado origen a nuestra arquitectura o que de ésta han sido causa principal. Entre ello es menester ubicar en primer término el auge económico del período que viera desde 1945. Naturalmente, ésta no es sino una etapa de la situación privilegiada de que goza Venezuela desde que se perforó el primer pozo petrolero en su vuelo, y es al petróleo que, en último análisis, debemos también la bonanza progresiva que se instaló desde la fecha citada en mi país.

Desgraciadamente, al petróleo también le debemos muchas otras cosas no igualmente buenas o deseables. En efecto, la bonanza petrolera fué acompañada por claros fenómenos de deformación económica, por una penetración del capital foráneo, por el crecimiento de una abultada burocracia parásita, por el aumento vertical del grado de dependencia de las importaciones de los grandes países productores.

Para completar el cuadro dentro del cual procederemos a ubicar nuestra arquitectura contemporánea, es preciso considerarlo en sus líneas más generales, con el señalamiento de la importancia del éxodo campesino, del violento crecimiento demográfico y el aumento de la

inmigración, que contribuyeron a concentrar en las grandes ciudades, y sobre todo en Caracas, la mayoría de la población del país.

El crecimiento vertiginoso de la capital, que todavía continúa aceleradamente, contra vientos y mareas, ignorando reglamentaciones y ordenanzas, y a pesar de crisis y recesiones económicas posteriores, constituye la base, el factor de demanda, el factor causante principal de una explosión análoga en el campo, más propiamente arquitectónico, y como se comprenderá urbano.

El alto nivel adquisitivo (hasta 1960) del bolívar, las facilidades de comunicaciones, la abundancia de informaciones sobre el exterior y el hecho de que gran parte de los arquitectos que iniciaron la arquitectura moderna en Venezuela (y el que les habla está entre ellos), se formaron en escuelas europeas o más frecuentemente norteamericanas, propiciaron una importación generalmente bien intencionada, de ideas de planteamientos, de formas, deducidas del gran repertorio de la arquitectura internacional anterior y posterior a la segunda guerra mundial.

Es necesario advertir que de tal manera se prolonga en Venezuela una condición de dependencia, voluntaria o inconsciente de los grandes centros de producción cultural. Dependencia que comienza a definirse en el fondo desde el mismo momento del descubrimiento o, en todo caso, del momento en que se estructura la Colonia, perdura durante la formación republicana y se mantiene hasta ahora como un dato casi permanente de nuestra condición humana y cultural.

Esta condición de dependencia puede ser observada y, desde luego, criticada desde diferentes puntos de vista; pero puedo afirmar que, si por un lado ha contribuido a hacer que nuestra arquitectura estuviera como en una permanente carrera para estar al día, a la moda, en los casos de menor calidad, por otro lado, ha sido el medio, el vehículo que los mejores han usado, y de hecho siguen usando, para alcanzar un nivel de producción, un rigor de composición, una definición formal que difícilmente hubiera podido ser lograda por otros medios más autóctonos.

Habida cuenta de nuestra falta de grandes tradiciones, de nuestra delibidad cultural, de nuestra asombrosa juventud arquitectónica, en efecto (la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de Caracas acaba de cumplir sus doce años), es justo reconocer el valor instrumental que el estudio de las obras de los grandes maestros y la comprensión de las grandes corrientes internacionales, ha representado para los arquitectos venezolanos.

Sin embargo, una vez aclarada la procedencia y afirmada la utilidad del método de trabajo, que en mi país emplean muchos de mis

colegas, me parece indispensable recordar también cómo algunos de ellos, principalmente los arquitectos T. J. Sanabria, Fruto Vivas y Mario Bemerguí, encarándose a este fenómeno de la transculturación, tan peculiar en nuestro país, reaccionaron a partir de los años 50, buscando una arquitectura que en lugar de depender de las grandes fuentes exteriores, brotase, por así decirlo, de la propia tierra, confundiéndose en cierta medida con la arquitectura espontánea o popular. Se formó entonces una arquitectura de inspiración vernácula y popular, que, sin investigar científicamente los valores de la tradición del pueblo, instintiva o intuitivamente, se afincaba en lo que se consideraba típico en cuanto a valores espaciales, cromáticos, proporcionales, etc.

El pueblo y sus hábitos constructivos constituyó pues el punto de referencia de esta corriente que todavía tiene sus adeptos. Pero un punto de referencia de esta naturaleza, si al ajustarlo en un proceso de autodescubrimiento a la importación indiscriminada y ecléctica de formas nacidas y desarrolladas en situaciones culturales, productivas, climatéricas diferentes, puede haber sido un importante factor de recuperación nacionalista y de fundamentación de una arquitectura seria estrechamente ligada a los valores locales; sin embargo, chocaba con el hecho, no suficientemente claro en ese período, de que el hombre venezolano de hoy ha sido profunda y permanentemente alterado en su ritmo de vida, en sus concepciones del mundo, en sus criterios de valoración, por el mismo proceso de transculturación y de evolución económica a que ha sido incesantemente sometido durante los últimos cuarenta años.

Y este reconocimiento implica que resulta casi imposible, sin caer en la falsedad formal o en una equívoca escenografía criollista, mantener ese punto de referencia para la inspiración y la creación contemporánea. Objetivamente, es preciso admitir que un pueblo no está dispuesto a identificarse con los paradigmas culturales ofrecidos por ciertas corrientes internacionales, pero tampoco ya está en condiciones de reencontrarse a sí mismo en la imagen de la tradición, del folklore, del populismo. Ambos caminos están definitivamente comprometidos y según se percibe en el ambiente arquitectónico, ninguno de los dos promete desembocar en una versión aceptable y duradera que puede realmente representarnos como nación y como pueblo.

No me queda sino procurar señalar, ahora que he configurado el panorama de desarrollo arquitectónico de mi país, la posible salida que nos interesa. Desde luego nadie puede garantizarnos que la hallemos ni que tengamos éxito al emplearla.

Sin embargo, frente a una arquitectura que en cuanto a problema de creación y de forma arranca por una parte de Le Corbusier, de

Alvar Aaalto, de Kahn o de Tange, y por otra de las fórmulas simples rado el panorama de desarrollo arquitectónico de mi país, la posible rechazar una y otra, y partir de consideraciones, de necesidades y de aplicaciones de sistemas enteramente distintos.

Tal como estamos ensayando, por ejemplo, en el taller que dirijo en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Ciudad Universitaria de Caracas, es posible vislumbrar un nuevo sistema arquitectónico, volviendo a plantear el problema en su totalidad desde el principio, sin prejuicios y sin temores.

Nosotros, por más increíbles que fueran, y ojalá que así lo fueran, nuestras audacias, no podemos contribuir a que la arquitectura perdiera lo que ya ha perdido a causa de la comercialización y del proceso de fosilización de sus formas, que actualmente padece. En mi país, los problemas que plantea el subdesarrollo y el crecimiento de la población, así como el sentido más elemental de justicia social, imponen primeramente una visión cuantitativa de objetivo arquitectónico.

Encarándose a la enorme demanda potencial y real de viviendas, hospitales, escuelas, servicios, etc., no se nos escapa que únicamente mediante un vuelco radical en los sistemas de construcción, modos más industriales y racionales, se podría abastecer adecuadamente el mercado.

En tal sentido, la necesidad de industrializar el proceso constructivo coincide con el objetivo más general que corresponde de la necesidad de industrializar todo el país, y en esta coincidencia encontramos otro indicio poderoso que nos asegura en nuestro programa de trabajo.

Sin embargo, creemos que la experiencia de la industria arquitectónica de otros países debe ser aprovechada, buscando en lo posible evitar los errores de operación, de intenciones y de métodos allí ocurridos. En efecto, creemos que el fenómeno cuantitativo y el cualitativo se relacionan entre sí de manera dialéctica y, por tanto, inextricable.

Al buscar una solución tendremos que hallarla para las demandas cuantitativas y para las demandas cualitativas. Puesto que a los cambios de contenido deben corresponder, en una arquitectura coherente, cambios de forma, esperamos que éstos ocurran también, y en cierto sentido no nos preocupan. Lo que sí nos interesa es plantear, con toda precisión, la necesidad de que también deben alterarse los sistemas de diseño, al convertirlos en instrumentos eficientes, graduales y autorregulados, admitiendo incluso la comprobación experimental.

Se nos abre entonces un campo vastísimo de experiencias y de investigaciones. Muchas de ellas, por supuesto, no serán nuevas ni originales, pero tenemos el convencimiento intacto y firme de que otras nuevas y más avanzadas nos ayudarán si no a descubrir una nueva

arquitectura, que eso sería un milagro o un hallazgo absolutamente desproporcionado con nuestras fuerzas, valores y conocimientos, sí a ir resolviendo con los poderosos utensilios de la razón y del método, cada vez con más serenidad y seguridad, los múltiples problemas que nos plantea este mundo atormentado y, sin embargo, extremadamente vivo.

CARLOS RAUL VILLANUEVA
Los Jabillos, 27
La Florida
CARACAS (VENEZUELA)